

4 de Mayo - 1999

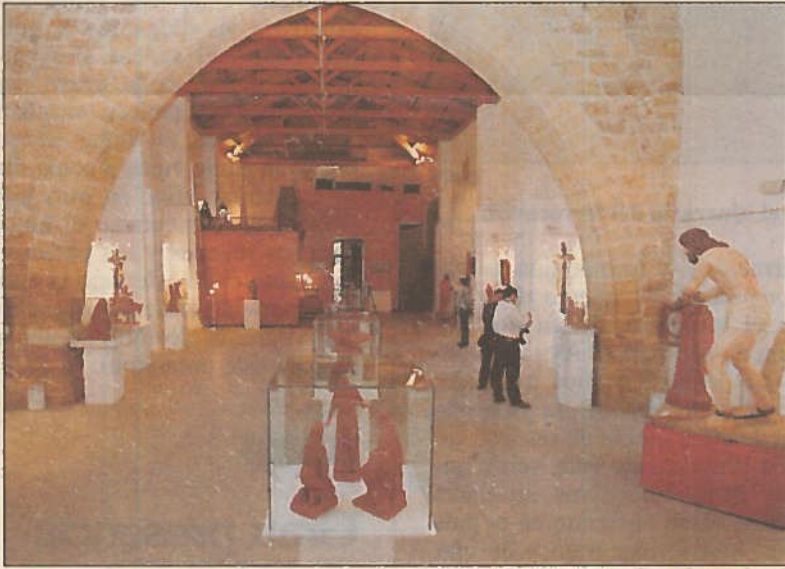
22/PROVINCIA

## MANSILLA DE LAS MULAS

Javier Caballero Chica

### *Victor de los Ríos, Ajenjo y la madera*

La muestra exhibida en la Casa de Cultura, en la iglesia de San Martín, Mansilla de las Mulas, refleja el sentir de dos escultores unidos por la madera. Descubrir ahora la obra del imaginero cántabro sería menospreciar toda su dilatada trayectoria. A pesar de que muchos de sus detractores piensan más en la figura del escultor como un empresario que como un artista, parece una necesidad intentar desprestigiar un dilatado periplo cargado de éxitos. Indudablemente, Víctor de los Ríos era un hombre socialmente bien admitido, lo que sin duda favoreció la apertura a los mecenas. Pero no es menos cierto, que ha realizado tallas únicas que nada tienen que agradecer a las supuestas conexiones personales. El gran volumen de obras realizadas por el artista, hizo necesario la creación de un taller, contando en su máximo apogeo con más de catorce oficiales. Uno de estos discípulos fue José Ajenjo. El aventajado seguidor permaneció bajo la estela del insigne imaginero durante varios años. Ajenjo ha plasmado sus conocimientos técnicos derivados de las nociones renacentistas, con meros planteamientos pragmáticos. El estudio y capacitación sobre el reconocimiento de las obras y su vinculación plástica al medio ilustrado, le confieren un binomio «macro - consensual» cercano al ámbito lírico. Sus composiciones, aunque siguiendo la estela del Maestro, se atenúan en postulados sensitivos, que en nada tienen que ver en macabras celebraciones barrocas. Líneas ondulantes, cuerpos blandos y captación de la luz entre sus manifiestos pliegues, son determinantes en la Unción de Betania o en el Cristo Fuente de Vida. Sería una petulancia comparar a De los Ríos con nadie. José Ajenjo mantiene viva la herencia de uno de los mayores escultores del siglo XX. La ductilidad y el manejo constante humanista, evoca momentos de plenitud espiri-



tual.

Toda obra tiene lagunas y limitaciones. Incluso la obra de Víctor de los Ríos no es redonda por completo. El trabajo y la permanencia pueden ser armas atribuibles al respeto y su estudio posterior. Sólo un exceso de tributo partidista o la notoriedad mediática, patente en el mercado leonés, cada vez más exigente, puede romper el enlace.

La contra partida se encuentra en los exabruptos y faltas de rigor interpretadas por las insanas intenciones de historiadores y otros colegas de la profesión, así como de público inexperto y neófito, con cierto atrevimiento y mal gusto plasman en sus cofradías sus ideales perdidos. Todo es cuestión de saber guardar distancias y ser elegantes a la hora de cotejar el trabajo de los demás. La selección patrimonial tiene un punto de arranque inexcusable en la Comisión de Patrimonio. Pero hasta que llegue ese momento se hace recomendable guardar las formas por todos aquellos que carecen de conceptos y conocimientos para derribar propuestas formales. El «siervo» solamente será libre cuando se despoje de los condicionantes sociales. Y sólo será reconocido cuando abandone los personalismos con ánimo de medra. No se trata de un ránking de posicionamiento. Nadie es mejor que nadie. Existe el tiempo y la Historia que permutan por sí solas y serán testigos mudos del acontecer de las distintas gúbias. La temática, el contenido, características pragmáticas y méritos plurales, se contraen al unísono. Quien se crea Juni o Berruete, que lance el primer ataque, de lo contrario que se parapete con cuidado, por miedo a la metralla.

Hasta entonces paz y quietud y que sean los críticos, teóricamente entendidos y muchas veces equivocados, los que enciendan alguna medida correctora que sirva para aclarar el panorama artístico en la talla leonesa.